

LOS VASCOS Y SU FISONOMÍA *

Eminentes antropólogos y etnólogos han estudiado minuciosamente en los últimos tiempos el pueblo vasco, y han señalado los caracteres de su tipo físico y de su cultura tradicional. Espontáneamente acuden a la memoria los nombres de Humbolt, Broca, Jacques, Collignon, Bosch-Gimpera, Aranzadi y otros.

El Dr. Collignon resumió el resultado de sus investigaciones sobre la raza vasca en las siguientes palabras: «Existe en toda la extensión del país en que se habla euskera una raza especial sin analogía con ninguna otra conocida, ni prehistórica ni moderna» (*Anthropologie de la France*, 1894, p. 63). Y en otro lugar de su obra (p. 46) decía el mismo antropólogo que la vista reconoce en todo el País Vasco la existencia de una variedad humana profundamente diferente de todas las que él había podido examinar hasta entonces, y añadía que esta raza imprimía al pueblo vasco su tipo tan personal y que sólo ella merecía el nombre de raza vasca.

En nuestros días ha sido el Dr. Aranzadi, profesor de Antropología de la Universidad de Barcelona, quien ha realizado investigaciones y estudios más concienzudos acerca de los vascos. Sus trabajos le han merecido honrosísimas distinciones en los medios científicos europeos, siendo últimamente nombrado miembro del Comité de Honor de los Congresos Internacionales de Antropología y Etnología.

Los trabajos de estos sabios permiten establecer los caracteres que distinguen el tipo vasco, los cuales —prescindamos aquí de toda valoración numérica— pueden resumirse así: *Cabeza mesocéfala o de proporciones medias; sienes abultadas; mandíbula inferior estrecha con mentón saliente; nariz*

* Inédito. Conferencia dada en Biarritz, el 23 de Junio de 1939.

un tanto larga y puntiaguda; orificio occipital con el borde anterior hundido, lo que hace que, al erguirse el pescuezo, la barbilla quede algo recogida.

A este tipo humano llamó el antropólogo Víctor Jacques *raza pirenaica*.

¿Cuándo se instaló este pueblo en el Pirineo? ¿Cómo se originó la raza vasca?

El profesor Alcobé, en su trabajo «Die Eurafrikaniden und die Rassengliederung der iberischen Halbinsel», al hablar de los vascos, dice que constituyen un tipo local indiscutible, cuyo origen ignoramos todavía (1).

Desde luego, el tipo vasco no puede considerarse como resultado de un reciente cruzamiento de razas.

Desde los tiempos que los documentos históricos empiezan a ilustrarnos no se ha efectuado, que sepamos, en anchas zonas del País Vasco, mixtificación alguna con elementos extraños. El censo de muchos pueblos del Pirineo vasco demuestra que ningún apellido de prosapia alienígena se ha introducido en ellos durante los cuatro últimos siglos, en los que, sin embargo, los caminos de la inmigración han estado más abiertos que en épocas anteriores.

Para tiempos más antiguos la Paleontología humana y los hallazgos de la Arqueología prehistórica inducen a suponer que los vascos pueden estar genéticamente ligados con los grupos paleolíticos de la región. En este dominio la mayor parte de las investigaciones las hemos hecho nosotros mismos en colaboración con los Drs. Aranzadi y Eguren. De ellas arranca la opinión del profesor Dr. Obermaier, que reconoce la existencia de la raza vasca en el Pirineo durante el período eneolítico; es decir, en el tercer milenio antes de Cristo, y afirma que de todos los pueblos actuales es el vasco el único que puede ser reconocido en la multiforme población europea de aquel tiempo (2). Y a juicio del Dr. Bosch-Gimpera, los vascos son descendientes directos de la población pirenaica del *Paleolítico*, época que probablemente dista de nosotros unos doce mil años (3).

Corroboran la opinión del Dr. Bosch-Gimpera los restos azilienses —algunos probablemente magdalenienses— de los cazadores pirenaicos, extraídos del yacimiento prehistórico de *Urtiaga* (en Itziar), los cuales muestran tales concordancias con los actuales de tipo vasco, que permiten reconocer relaciones genéticas entre unos y otros. Fue con motivo de nuestras exploraciones de aquel yacimiento, realizadas en colaboración con el Dr. Aranzadi, cuando descubrimos tales restos —principalmente cráneos— en el año 1935 y, sobre todo, a fines de julio de 1936; es decir, en los mismos días en que innumerables artefactos guerreros, movilizados por hálito siniestro de otros climas, tronaban ya en nuestro derredor.

En la época más remota en que nos es permitido vislumbrar o barruntar algo característicamente vasco, una cultura sensiblemente homogénea, distinguía a ciertos grupos de la Europa occidental: la «cultura franco-cantábrica». En

(1) *Zeitschrift für Rassenkunde*, t. III, 1936.

(2) *El hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad*. Madrid, 1932.

(3) *Los pueblos primitivos de España* (en *Revista de Occidente* n.º XXVI, p. 184, agosto de 1925).

ella estaban enclavadas las poblaciones pirenaicas. Pero en épocas posteriores aquella zona franco-cantábrica fue invadida por el oleaje de diversos pueblos y culturas. La parte menos afectada —el Pirineo vasco— quedó como islote insumergido, testigo y heredero a la vez del patrimonio espiritual paleolítico. Así se explica la singularidad racial y cultural mantenida, de modo ininterrumpido, por la población pirenaica probablemente desde el último período glacial hasta los albores de la Historia, época en que aparece caracterizando a los *vascones* y a sus aledaños.

Durante el Paleolítico superior los pirenaicos habitaban en lugares situados al abrigo de las rocas: en grutas y cavernas, sobre todo. Tales eran a la sazón las moradas predilectas del hombre en casi toda Europa.

En sus grutas y cavernas tenían los cazadores del Pirineo sus talleres de costura y de fabricación de instrumentos y armas de piedra tallada y de huesos, y de ellas salían a cazar ciervos, renos, cabras, caballos, toros, bisontes, jabalíes y hasta mamuts, que en aquel entonces discurrían por la región pirenaica.

Desarrollaron un arte naturalista, muy característico, en escultura, grabado y pintura, con motivos decorativos geométricos y representaciones de animales.

Sus ideas y sentimientos religiosos tendían, al parecer, hacia seres sobrenaturales representados bajo formas de animales en los objetos de su uso y en sus templos subterráneos, como puede verse en Santimamiñe (cerca de Guernica), en Zugarramurdi y en Isturitz.

Después del Paleolítico una etapa importante de la Prehistoria vasca es la de la *cultura megalítica*, que empieza en el período eneolítico.

Un clima más benigno que en la Edad del Reno permitió al vasco construir sus viviendas fuera de los abrigos naturales de los escarpes roqueños. Y cerca de sus viviendas empezó a levantar para sus muertos esos panteones familiares que se llaman dólmenes, de los que conocemos más de doscientos en la reducida extensión del Pirineo vasco.

Era entonces pastoril gran parte de la población vasca, que practicaba la trashumancia dentro de los límites de la zona pirenaica. Es digno de notarse el hecho de que la raza vacuna y la caballar domesticadas en aquel tiempo por los vascos eran precisamente las que en épocas anteriores vivían en estado salvaje en el Pirineo.

Se introducía, al mismo tiempo, la agricultura en las regiones más llanas y más abiertas a influencias exteriores.

El uso del cobre (flechas, lanzas, brazaletes, anillos, punzones, etc.) se generalizó luego, si bien los instrumentos de piedra continuaron todavía la tradición paleolítica y neolítica de la región.

A la antigua religión se incorporan o se superponen nuevos elementos (culto solar, veneración del genio del fuego, de las fuentes, etc.), principalmente el influjo de la civilización aria.

La *cultura megalítica* persistió en el Pirineo vasco, con algunas modificaciones (aparición de instrumentos de bronce primero, de hierro más tarde, incine-

ración de cadáveres, construcción de cromlecs) hasta la época de las conquistas romanas, en que advienen nuevos aluviones ideológicos y de técnicas más avanzadas.

En los últimos siglos del Imperio romano se propagó el Cristianismo en el pueblo vasco, desterrando muchos de los elementos de la antigua religión, transformando otros y dando nuevo contenido y sentido a no pocas fórmulas y prácticas consagradas por viejas costumbres.